

lo era; crejame á veces una nube, el viento, el ruido; era un puro espíritu, un ser aéreo que cantaba la suprema felicidad. Despojábame de mi humana naturaleza para fundirme con la hija de mis deseos; para transformarme en ella; para tocar mas íntimamente la belleza; para ser á la vez la pasión dada y recibida, el amor y el objeto del amor.

De repente, y echando de ver mi locura, me precipitaba sobre mi colcha, me envolvía en mi dolor, y regaba mi lecho de hirvientes lágrimas que nadie veía y que corrían miserables por una nada.

TENTACION.

A los pocos instantes, y siéndome insoportable la permanencia en mi aposento, bajaba al través de las tinieblas, abría furtivamente la puerta de la gradería como si fuera un asesino, y me iba á vagar errante por el gran bosque.

Después de haber caminado algun tiempo á la aventura, agitando mis manos y abrazando los vientos que se me escapaban como la sombra que era objeto de mis persecuciones, me apoyaba en el tronco de una haya, miraba á los cuervos que huían volando del árbol á que yo me acercaba para posarse en otro, ó la luna que derramaba su pálida luz sobre las pedradas cimas de los árboles: de buen grado hubiera querido habitar en aquel mundo muerto donde se reflejaba la palidez del sepulcro. No sentía la humedad ni el frío de la noche; el mismo hálito glacial del alba no hubiera conseguido sacarme del fondo de mis pensamientos si no hubiese llegado entonces á mis oídos el eco de la campana de la aldea.

En la mayor parte de los lugarillos de la Bretaña se toca á muerto á la venida del día. Este toque, compuesto de tres notas repetidas, viene á formar un aire monotonó, melancólico y campestre. A mi alma herida y enferma nada cuadraba mejor que el ser restituida á las tribulaciones de la existencia por la campana que anunciaba su fin. Representábame en mi imaginación al pastor que había espirado en su cabaña desconocida, y cuyo cadáver iba á ser depositado después en un cementerio no menos ignorado. ¿Qué misión fue la de este hombre sobre la tierra? ¿Qué hacia yo mismo en este mundo? Puesto que debía emigrar de él, ¿no valía mas partir con el fresco de la mañana y llegar á buena hora, que terminar el viaje abrumado bajo el peso y el calor del día? Asomóse á mi rostro el carmin del deseo, y la idea de no ser despertó en mi corazón un gozo súbito. En tiempo de los errores de mi juventud he deseado muchas veces no sobrevivir á la felicidad: había en el primer triunfo una dicha tan grande, que me hacia aspirar á la destrucción.

Ligado cada vez mas fuertemente á mi fantasma, y no pudiendo gozar de lo que no existía, mi estado era muy parecido al de esos hombres mutilados, que sueñan bellezas imposibles para ellos, y que se crean un sueño ilusorio, cuyos placeres igualan á los tormentos del infierno. Aquejábame además el presentimiento de las miserias de mi futuro destino, y era tan ingenioso en forjarme padecimientos, que me había colocado entre dos desesperaciones: creíame unas veces un ser nulo é incapaz de elevarme sobre los hombres vulgares, al paso que otras me parecía poseer algunas prendas que no serían apreciadas jamás. Predecíame un secreto instinto que á medida que fuera avanzando en el mundo no encontraría nada de lo que buscara.

Todo contribuía á acrecentar la amargura des mis disgustos. Lucila era desgraciada; mi madre no me prodigaba ningun consuelo, y mi padre me hacia es-

perimentar los grandes terrores de la vida. Su melancólico humor iba en aumento con la edad; la vejez roía su alma como su cuerpo, y me espiaba constantemente para regañarme. Cuando al volver de mis salvajes escursiones lo veía sentado sobre la gradería, me hubiera dejado matar antes que entrar en el castillo. Pero esto no era mas que dilatar mi suplicio; precisado á presentarme á la hora de cenar, me sentaba desconcertado en el borde de mi silla, con las mejillas golpeadas por la lluvia y el cabello en desorden. Abrumado por las miradas de mi padre, me quedaba inmóvil y bañaba mi frente con un sudor copioso: escapóseme al fin la última fibra de la razón.

Al llegar á esta parte de mis memorias necesito hacer un esfuerzo para confesar mi debilidad. El hombre que atenta contra sus días da menos pruebas del vigor de su alma que del desfallecimiento de su naturaleza.

Tenia yo una escopeta de caza, cuyo fiador estaba tan usado, que no ofrecía ninguna garantía; un día la cargué con tres balas, y me dirigí á un sitio retirado del Mallo grande. Cuando llegué á él amartillé la escopeta, introduje el extremo del cañón en mi boca, di tres golpes en el suelo con la culata, repetí esta prueba reiteradas veces, y sin embargo no salió el tiro: la llegada de un guarda suspendió mi resolución: Fatalista sin querer, y sin saberlo, supuse que mi hora no había llegado aun, y aplacé para otro día la ejecución de mi proyecto. Si me hubiese dado entonces la muerte, todo cuanto he sido me hubiera acompañado al sepulcro; nadie habría tenido noticia de la causa que me había impelido á mi catástrofe; hubiera engruesado el número de los infortunados, y no me hubiera hecho seguir por el rastro de mis penas, como un herido por el rastro de su sangre.

Aquellos cuya razón se turbe al leer esta descripción, y se sientan inclinados á imitar mis locuras, así como los que me conserven en su memoria por mis quimeras, deben tener presente que les habla la voz de un muerto. Lector, á quien no conoceré jamás, todo ha concluido; ya no queda de mí otra cosa que lo que soy en manos del Dios vivo que me ha juzgado.

ENFERMEDAD. — TEMO Y REHUSO ABRAZAR EL ESTADO ECLESIASTICO. — PROYECTO DE VIAJE A LAS INDIAS.

Una enfermedad, fruto de mi desordenada vida, puso fin á los tormentos de los cuales procedieron las primeras inspiraciones de la musa y los primeros ataques de las pasiones. Aquellas pasiones que me destruían el alma: aquellas pasiones, vagas aun, se parecían á las tempestades que afluyen de todos los puntos del horizonte: piloto inesperto no sabía por qué lado había de presentar la vela á los vientos indecisos. Hinchóseme el pecho, y se apoderó de mí la fiebre; enviaron á buscar á Bazonches, pequeña ciudad distante cinco ó seis leguas de Combourg, un excelente médico, llamado Chéssel, cuyo hijo representó un papel importante en el asunto del marques de la Rouarie (1). Después de examinarme atentamente, me recetó algunos remedios, y declaró que ante todo era preciso que me hiciesen cambiar de método de vida.

Seis semanas estuve de peligro. Mi madre vino una mañana á sentarse al borde de mi cama, y me dijo: «Tiempo es ya que os decidais á tomar esta lo; vues-

(1) A medida que voy avanzando en edad, voy encontrando también á los personajes de mis *Memorias*: la viuda del hijo del médico Chéssel acaba de ingresar en la enfermería de *María Teresa*: este es un testigo mas de mi veracidad.

(Paris, nota de 1854.

tro hermano tiene el encargo de obtener para vos un beneficio: pero antes de entrar en el seminario es preciso que consultéis detenidamente vuestra vocación; porque si bien deseo que abrazeis el estado eclesiástico, prefiero mil veces que seais seglar que no un sacerdote escandaloso.»

Después de las anteriores líneas, fácilmente podrá inferirse si la proposición de mi madre era ó no oportuna. En las situaciones mas graves de mi vida siempre se me ha ocurrido rápidamente aquello que debía evitar; un impulso de honor es el móvil de mi conducta. Simple abate, me creía puesto en ridículo; obispo, la dignidad del sacerdocio me parecía imponente, y retrocedía con respeto ante el altar. Y dado caso que me decidiera por lo último, ¿trataría de hacer esfuerzos para adquirir las virtudes de un prelado ó debía limitarme á ocultar mis vicios? Sentíame muy débil para abrazar el primer partido, y demasiado franco para optar por el segundo. Aquellos que me tachan de ambicioso é hipócrita, me conocen muy mal: yo no haré fortuna en el mundo, precisamente porque me faltan un vicio y una pasión: la ambición y la hipocresía. La primera podría existir en mí, cuando mas, como hija del amor propio ofendido: en ocasiones dadas podría desear ser ministro del rey para reirme de mis enemigos; pero á las veinte y cuatro horas arrojaría mi carterá y mi corona por la ventana.

Dije, pues, á mi madre que no tenía una vocación decidida por el estado eclesiástico. Era ya la segunda vez que variaba de proyecto: antes no había querido ser marino, y ahora me negaba á ser sacerdote. Restábame la carrera militar, á la cual tenía bastante afición; pero ¿cómo soportar la pérdida de mi independencia y la dureza de la disciplina europea? Para conciliar ambos extremos discurrí un medio original: indiqué á mi padre que iría de muy buen grado al Canadá á roturar sus bosques, ó á las Indias á servir en los ejércitos de los príncipes del país.

Por uno de esos contrastes que suelen hallarse en todos los hombres, mi padre, tan razonable en todo lo demás, no hacia nunca una acogida desfavorable á cualquier proyecto aventurado. Contentóse, pues, con reprender á mi madre por mi versatilidad, y se decidió por mi viaje á las Indias. Enviáronme al efecto á Saint-Malo, donde algunos buques hacían sus preparativos para partir á Pondichery.

UN MOMENTO EN MI CIUDAD NATAL. — RECUERDO DE VILLENEUVE Y DE LAS TRIBULACIONES DE LA INFANCIA. — VUELVO Á SER LLAMADO Á COMBOURG. — ÚLTIMA ENTREVISTA CON MI PADRE. — ENTRO EN EL SERVICIO. — ADIOS Á COMBOURG.

Dos meses habían trascurrido, cuando volví á hallarme solo en mi isla materna: la Villeneuve acababa de morir. Al ir á llorarla al pié del desierto y miserable lecho donde espiró, ví el carricoche de mimbre en el cual aprendí á andar sobre este triste globo. Figurábame que estaba viendo á mi antigua nodriza, mirando desde su lecho con amortiguados ojos mis andaderas, este primer monumento de mi vida, en presencia del último de la de mi segunda madre: la idea de las plegarias que dirigía al cielo la Villeneuve por la felicidad de su hijo de leche al dejar el mundo, aquella prueba de un cariño tan constante, tan desinteresado, tan puro, me destruían el corazón, y me hacían verter lágrimas de ternura, de sentimiento y de gratitud.

Por lo demás nada existía ya de mi pasado en Saint-Malo: en vano buscaba en el puerto los navios cuyas cuerdas eran mi recreo en otro tiempo: todos habían partido ó sido hechos pedazos: la casa en que vivía

estaba trasformada en posada. Casi estaba tocando aun mi cuna, y sin embargo ya había pasado todo un mundo. Estraño en los lugares de mi infancia, todos preguntaban quién era, y me desconocían, sin otra causa que la de haberse elevado mi cabeza algunas líneas del suelo, hácia el cual se inclinará nuevamente dentro de pocos años. ¡Cuántas veces, y cuán rápidamente cambiamos de existencia y de ilusiones! A los amigos que nos dejan suceden otros nuevos, nuestros vínculos varían tambien; constantemente alcanzamos una época en la cual no poseemos nada de lo que poseíamos, ni tenemos nada de lo que tuvimos. El hombre no tiene una sola é idéntica vida, sino que tiene muchas distintas entre sí; en esto estriba su miseria.

Falto de un amigo que me acompañara, me paseaba solo por las orillas del mar que presenciaron mis castillos de arena. *Campus ubi Troja fuit*. Al recorrer la desierta playa, las arenas abandonadas del flujo de las olas me ofrecían la imagen de esos espacios desolados que dejan las ilusiones al retirarse en torno de nosotros. Mi compatriota Abelardo había contemplado como yo aquella mar, hace ochocientos años, pensando en su Eloísa; había presenciado tambien la desaparición de los buques. (*ad horizontis undas*), y su oído, así como el mio, había escuchado el unísono ruido de las olas. Distraído algunas veces con los funestos pensamientos que había traído de los bosques de Combourg, me esponía á ser arrebatado por la oleada. El cabo Lavarde, era el término de mis correrías: sentado en el extremo del mismo, y entregado á las mas amargas meditaciones, recordaba que aquellas rocas me habían ocultado durante las ferias, y que había devorado en ellas mis lágrimas mientras que mis compañeros saltaban y triscaban de gozo. No era ahora mas querido ni mas feliz que entonces. De allí á muy pocos días iba á abandonar mi patria para ir á gastar mi vida en diversos climas. Estas reflexiones me laceraban el corazón en tales términos, que tuve impulsos de precipitarme al mar.

Una carta de mi padre me hizo regresar á Combourg: llegué á la hora de cenar; mi padre no me dijo ni una palabra; mi madre no hacia mas que suspirar; Lucila estaba consternada: cuando dieron las diez se retiraron todos, y dirigí á la última algunas preguntas; pero mi hermana nada sabia. A la mañana siguiente me enviaron á buscar de parte de mi padre. Bajé, y me dirigí á su gabinete, donde me estaba esperando.

«Caballero, me dijo así que me vió: es preciso que renunciéis á vuestras locuras. Vuestro hermano ha obtenido para vos un despacho de subteniente en el regimiento de Navarra. Vais á partir para Rennes, y de allí á Cambrai. Ahí van cien lises no los malgastéis. Yo me hallo muy viejo y achacoso, y me restan pocos días de vida. Procurad conduciros como hombre de bien, y no deshonreis jamás vuestro nombre.»

Dijo, y me estrecho en sus brazos. Su severo y arrugado semblante se acercó al mio con emoción: aquel era para mí el último ósculo paternal.

El conde de Chateaubriand, hombre tan temible á mis ojos, me pareció en aquel momento el padre mas digno de mi ternura. Apoderéme de su mano descarnada, y derramé sobre ella abundante llanto. En aquella época fue cuando sintió el primer ataque de una parálisis que lo condujo á la tumba. Su brazo izquierdo se agitaba con un movimiento convulsivo tan fuerte, que se veía precisado á contenerlo con la mano derecha. En esta postura y después de haberme entregado su espada, me condujo, sin darme tiempo para reconocerme, al cabriolé que me estaba esperando en el Patio Verde. El postillon partió cuando me despedía por señas de mi madre y de mi hermana, que estaban inundadas en llanto sobre la gradería.

Al llegar á la calzada del estanque, ví los cañaverales de mis golondrinas, la acequia del molino y la

pradera. Lancé desde allí una mirada sobre el castillo y principié á avanzar, como Adán despues de su pecado, por tierras desconocidas: el mundo entero se extendía ante mis ojos: *and the world was all before him*.

Desde esta época no he vuelto á ver á Combourg mas que tres veces: despues de la muerte de mi padre nos reunimos allí para dividir nuestra herencia y despedirnos. Otra vez acompañé á Combourg á mi madre que iba á amueblarlo, porque mi hermano debía llevar su mujer á la Bretaña. Mi hermano no vino, y al poco tiempo recibieron él y su esposa, de manos del verdugo, otro almohadon bien distinto del que les habia preparado mi madre. La última vez que estuve en Combourg fue cuando me dirigí á Saint-Malo para embarcarme para América. El castillo estaba abandonado y me vi precisado á apearme en casa del mayordomo. Cuando desde una calle sombría del Mallo grande viera la gradería desierta y las ventanas cerradas, me puse malo, me dirigí trabajosamente á la aldea, pedí mis caballos y partí á media noche.

Despues de quince años de ausencia, y antes de abandonar nuevamente la Francia para ir á la *Tierra Santa*, fui á Tongres á despedirme de los restos de mi familia. No tuve valor de emprender la peregrinación á los campos, donde habia trascurrido una parte de mi existencia, sin dar este paso. En los bosques de Combourg fue donde sentí el primer ataque de este fastidio, que he arrastrado conmigo toda mi vida; de esta tristeza que ha sido mi tormento y mi felicidad; allí fue donde busqué un corazón que pudiese armonizar con el mio; allí vi reunirse y dispersarse despues á mi familia; allí fue donde mi padre pensó restablecer el brillo de su nombre y la fortuna de su casa, otra quimera que el tiempo y las revoluciones han disipado tambien. De seis hijos que éramos, no hemos quedado mas que tres: mis hermanas, Julia y Lucila no existen; mi madre murió de dolor; las cenizas de mi padre fueron arreadadas de su tumba.

Si mis obras me sobreviven; si debo dejar un nombre, quizás haya algun viajero que guiado por estas *Memorias* vaya á visitar los lugares que he descrito. Este viajero podrá reconocer el castillo; pero en vano buscará los grandes bosques; la cuna de mis ensueños ha desaparecido como los ensueños mismos. El antiguo torreón, que ha quedado solo y en pie sobre una roca, flora á sus viejas compañeras encinas que lo circundaban y protegían contra la tempestad. Aislado como él, he visto caer como él en torno mio la familia que embellecía mis dias, y á cuyo abrigo me cobijaba; felizmente no está mi vida tan sólidamente arraigada á la tierra como las torres donde he pasado mi juventud, y el hombre resiste menos á las tempestades que los monumentos erigidos por sus manos.

Berlin marzo de 1821.

Revisado en julio de 1844.

BERLIN.—POSTDAM.—FEDERICO.

De Combourg á Berlin hay tanta diferencia como de un jóven lleno de ilusiones á un viejo diplomático. En las precedentes líneas vuelvo á hallar otra vez las siguientes palabras: «He empezado á escribir mis *Memorias* en una porcion de puntos diferentes: ¿en dónde las concluiré?»

Desde la fecha en que escribí los sucesos que acabo de referir, á la en que vuelvo á continuar estas *Memorias*, han trascurrido cerca de cuatro años. Mil cosas han sobrevenido de entonces á hoy: actualmente hay en mí un segundo hombre; el hombre político. Debo confesar, sin embargo, que no soy muy adicto á este. He defendido las libertades de la Francia, que

pueden hacer por sí solas duradero el trono legitimo. Contribuí con el *Conservador* á que Mr. Villele subiera al poder; he visto morir al duque de Berry, y he honrado su memoria. Para poder conciliarlo todo he procurado alejarme, y he aceptado la embajada de Berlin.

Ayer estaba en Postdam, cuartel lleno de adornos que se halla hoy sin soldados: estudié al falso *Julian* en su falsa *Atenas*. Mostráronme la mesa en la cual puso en verso francés un gran monarca alemán las máximas enciclopédicas; la habitacion de Voltaire, adornada con monos y papagayos de madera; el molino cuya propiedad se le antojó respetar al mismo que arrebató provincias enteras; la tumba del caballo *César*, y las galgas de *Diana*, *Amorcillo*, *Cierva*, *Soberbia* y *Paz*. El regio impiose complació en profanar hasta la religion de las tumbas, erigiendo mausoleos á sus perros; señaló el sitio de su sepultura cerca de la de estos, menos por desprecio de los hombres que por ostentacion de la nada.

Condujéronme tambien al palacio nuevo, que está ya cayéndose. Respétanse en el antiguo palacio de Postdam las manchas de tabaco, los sillones sucios y llenos de girones, y todas las señales, en fin, que deponen contra el aseo del príncipe renegado. Estos lugares inmortalizan á la vez la suciedad del cinico, la impudencia del ateo, la tiranía del déspota y la gloria del soldado.

Una sola cosa llamó mi atencion; la aguja del reloj, fija sobre el minuto en que espiró Federico; habíame engañado la inmovilidad de la imágen: las horas no suspenden su fuga; no es el hombre el que detiene el tiempo, sino el tiempo quien detiene al hombre. Además, importa muy poco el papel que hemos representado en la vida; el brillo ó la oscuridad de nuestras doctrinas, nuestras riquezas ó nuestras miserias, nuestros dolores ó nuestros goces, no cambian á medida que cambian nuestros dias. Que la aguja circule por una esfera de oro ó de madera; que esta esfera, mas ó menos ancha, esté engastada en una sortija ú ocupe toda la fachada de la torre de una basilica, la hora no tiene mas que la misma duracion.

En un subterráneo de la iglesia protestante, y debajo del púlpito del cismático exclaustrado, he visto el ataúd del coronado sofista. Este ataúd es de bronce, y retiene cuando se toca en él. El gendarme que duerme en aquel lecho de metal no despertará de su sueño ni aun con el ruido de su renombre, sino cuando suene la trompeta, que le llamará sobre su último campo de batalla á presencia del Dios de los ejércitos.

Sentía interiormente tan grande necesidad de cambiar de impresiones, que hallé un especial consuelo al visitar la casa de mármol. El rey que la mandó construir me habia dirigido en otro tiempo palabras en extremo honrosas para mí cuando atravesé por medio de su ejército siendo un simple oficial. Este rey participa al menos de las necesidades comunes á los hombres; vulgar como ellos, buscó un refugio en los placeres. ¿Sentirán hoy ambos esqueletos la diferencia que existió entre ellos en otro tiempo, cuando el uno era Federico Guillermo y el otro Federico el Grande? Sans-Souci y la casa de mármol son, lo mismo una que otra, ruinas sin dueño.

En todo caso, y aun cuando la enormidad de los sucesos de nuestros dias haya achicado los sucesos pasados; aun cuando Rosbach, Lissa, Liegnit, Torgau, etc., etc., no hayan sido mas que unas escaramuzas respecto de las batallas de Marengo, de Austerlitz, de Jena y de la Moscovia, Federico el Grande es el que menos mal librado queda entre algunos otros personajes, comparados con el gigante encadenado en Santa Elena. El rey de Prusia y Voltaire son dos figuras extravagantemente agrupadas, que vivirán eternamente, el segundo destruya una sociedad con la filosofía que servia al primero para fundar un reino.

Las noches en Berlin son muy largas. Habito un palacio propio de la señora duquesa de Dino. Mis secretarios me abandonan al anochecer. Cuando no hay fiesta en la córte por el casamiento de la gran duquesa con el gran duque Nicolás (1), no salgo de casa. Encerrado solo junto á una estufa de color oscuro, únicamente llega á mis oídos el grito del centinela de la puerta de Brandebourg y los pasos sobre la nieve del sereno que canta las horas. ¿En qué invertiré mi tiempo? ¿Con los libros? No los tengo: continuaré por lo tanto mis *Memorias*.

Me habeis dejado en el camino de Combourg á Rennes, en cuya ciudad fui á hospedarme á casa de uno de mis parientes, el cual me manifestó con regocijo que una señora conocida suya, que iba á Paris tenia un asiento que ceder en su coche, y que estaba casi seguro de poder determinarla á que me llevase en su compañía. Yo acepté, maldiciendo la cortesía de mi pariente, quien despues de haber concluido el trato, me presentó al momento á mi compañera de viaje, la cual era una modista guapa y desventurada, que se echó á reír así que me vió. Los caballos llegaron á media noche, y partimos en seguida.

Héme aquí en una silla de posta, y á solas con una mujer en medio de la noche. ¿Cómo era posible que yo, que no habia mirado en mi vida á ninguna mujer sin ruborizarme, descendiese desde la altura de mis sueños hasta aquella espantosa verdad? No sabia cómo ni en dónde me hallaba, y trataba de apretarme cuanto podia al rincón del coche de miedo de tocar el traje de la señora Rosa. Cuando me dirigía la palabra, balbuceaba yo sin poder responderla; víose precisada á pagar el postillon, y á encargarse de todo, porque yo no era capaz de nada. Al amanecer volvió á mirar con nueva sorpresa á este simple, con el cual sentia haberse puesto en viaje.

Cuando empezó á variar el aspecto del paisaje y dejé de reconocer el traje y acento de los aldeanos bretones, caí en un abatimiento profundo, y se aumentó por ende el desprecio que sentia hacia mí la señora Rosa. Yo conocí perfectamente la clase de sentimiento que habia inspirado, y este primer ensayo del mundo me hizo una impresion que el tiempo no ha conseguido borrar completamente. Yo habia nacido montaraz, pero no vergonzoso; tenia la modestia de mis años, pero no el embarazo que suele ser peculiar de los jóvenes de mi edad. Cuando adiviné que habia caído en ridiculo, merced á una de mis buenas cualidades, mi bravura se cambió en una timidez invencible. Ya no pude decir ni una palabra mas; conocia que tenia que ocultar alguna cosa, y que esta alguna cosa era una virtud; tomé, pues, el partido de ocultarme á mí mismo para llevar en paz mi inocencia.

Entre tanto seguíamos avanzando hácia Paris. Cuando llegamos á la parada de Saint-Cyr me llamó la atencion la anchura de los caminos y la regularidad y simetría de los plantíos. De allí á muy poco rato llegamos á Versailles, y me maravillé en extremo al ver el naranjal y sus escaleras de mármol. El buen éxito de la guerra de América habia devuelto sus triunfos al castillo de Luis XIV: la reina brillaba en él con todo el esplendor de su juventud y belleza; el trono, que tan próximo se hallaba á su caída, parecia que no habia estado jamás mas sólido. Y yo, oscuro viajero, debía sobrevivir á aquella pompa; debía quedar para ver los bosques de Trianon, tan desiertos como los que acabamos de dejar entonces.

Llegamos, en fin, á Paris. Todos cuantos semblantes encontraba me parecia que revelaban cierto aire burlon; creia, como el hidalgo montañés, que me miraban para burlarse de mí. La señora Rosa dijo que

(1) Actualmente emperador el uno y emperatriz la otra de Rusia.

(Paris; nota de 1852.)

la condujeran á la calle del Mail, al *hotel de Europa*, y se apresuró á deshacerse de su imbécil. Apenas me habia apeado del coche, cuando dijo al portero: «Dad á este caballero una habitacion.—Servidora vuestra,» añadió, haciéndome una ligera cortesía. En toda mi vida he vuelto á ver á la señora Rosa.

Berlin marzo de 1821.

MI HERMANO.—MI PRIMO MOREAU.—MI HERMANA LA CONDESA DE TARCY.

Una mujer subió delante de mí por una escalera negra y empinada, llevando una llave rotulada en la mano: seguíanos un saboyano cargado con mi maleta. Cuando llegamos al tercer piso, la criada abrió la puerta de un cuarto, y el saboyano dejó la maleta, colocándola al través de los brazos de un sillón. La criada me dijo entonces: «¿Se os ofrece algo, caballero?—No» le respondí. Oyéronse tres silbidos; mi interlocutora contestó: «Allá voy.» Salió bruscamente, cerró la puerta, y echó á correr con el saboyano por la escalera abajo. Cuando me quedé solo, se me oprimió el corazón de una manera tan extraordinaria, que faltó poco para que volviese á emprender el camino de Bretaña. Veníame á la memoria todo cuanto habia oído decir de Paris, y me veía contrariado de cien maneras diferentes. Quería acostarme, y no estaba echa la cama; tenia hambre, y no sabia cómo arreglármelas para comer. Aquejábame el temor de faltar á los usos de la casa: ¿debía llamar á los criados de la fonda, ó bajar en busca suya? ¿A quién dirigirme? Aventúreme al fin á asomar la cabeza por una ventana, y no vi mas que un patio interior, profundo como un pozo, por el cual pasaban y repasaban algunos criados, que no se acordarian probablemente en su vida del prisionero del tercer piso. Volví á sentarme cerca de la sucia alcoba donde debía dormir, y quedé reducido á contemplar los personajes del papel pintado que habia en el interior de la misma. A esta sazón oí un ruido lejano de voces, que fue aumentando y aproximándose poco á poco; ábrese la puerta de mi cuarto, y veo entrar á mi hermano y á uno de mis primos, hijo de una hermana de mi madre, que habia hecho un mal casamiento. La señora Rosa se apiadó, á pesar de todo, del pobre necio, y mandó un recado á mi hermano, cuyas señas le dijeron en Rennes, de que ya habia llegado á Paris. Mi hermano me echó los brazos al cuello. Mi primo Moreau era un hombre alto y gordo, que estaba manchado siempre de tabaco, que comía como un ogro, que hablaba mucho, que estaba correteando, silbando, y ahogándose todo el dia; que conocia á todo el mundo, y que pasaba la vida en los garitos, en las antecámaras y en los salones. «¡Vamos, caballero! exclamó al verme: ya os tenemos en Paris; voy á llevaros á casa de madama de Chatenay.» ¿Quién era aquella mujer, cuyo nombre oía por primera vez en mi vida? Esta proposicion me hizo rebelarme contra mi primo Moreau. «El caballero, dijo mi hermano, debe tener necesidad de reposo; iremos por tanto á ver á madama de Tarcy, y despues volverá á comer y á acostarse.»

Al oír estas palabras, penetré en mi corazón un sentimiento de gozo; el recuerdo de mi familia en medio de un mundo indiferente fue para mí un bálsamo. Pusímonos en marcha. El primo Moreau dijo tempestades acerca de mi mala habitacion, y ordenó al huésped que me hiciese bajar un piso cuando menos. Subimos al coche de mi hermano, y nos dirigimos al convento donde vivia madama de Tarcy.

Julia hacia ya algun tiempo que habia ido á Paris para consultar á los médicos. Su encantadora figura, su elegancia y su talento la hacian muy apreciable á

los ojos de cuantos la conocian, los cuales tenian placer en visitarla. Ya he dicho que habia nacido con talento especial para la poesia. Ha llegado á ser una santa, despues de haber sido una de las mujeres mas agradables de su siglo: el abate Carrion ha escrito su vida (1). Estos pastores, que andan siempre tras de las almas, sienten hácia ellas el amor que un padre de la Iglesia atribuye al Criador. «Cuando un alma llega al cielo, dice este pobre, con la sencillez de corazón de un cristiano de los primitivos tiempos y con la candidez de un genio griego, la pone Dios sobre sus rodillas y la llama su hija.»

Lucila ha dejado una penetrante lamentacion: *A la hermana que ya no tengo*. La admiracion que inspiraba Julia al abate Carrion explica y justifica las palabras de Lucila. La narracion del santo padre demuestra tambien que yo he dicho verdad en el prefacio de *El Genio del Cristianismo*, y sirve de prueba para algunas partes de mis *Memorias*.

Julia se entregó inocente en los brazos del arrepentimiento; consagró los tesoros de su austeridad, á la redencion de sus hermanos, y á imitacion de la ilustre africana, su patrona, se hizo mártir.

El abate Carrion, el autor de la *Vida de los Justos*, es aquel eclesiástico compatriota mio, el Francisco de Paula del destierro, cuya fama, revelada por los afligidos, llegó á sonar al través de la de Bonaparte. El estruendo de una revolucion que trastornaba la sociedad no fue suficiente para ahogar la voz de un pobre vicario proscrito; parecia que habia venido exprofeso de extranjas tierras para escribir las virtudes de mi hermana: él anduvo buscando entre nuestras ruinas, y descubrió una víctima y una tumba olvidadas.

Cuando el nuevo biógrafo describe las religiosas crueldades de Julia, se creeria que estaba uno oyendo á Bossuet en el sermón sobre la profesion de fe de la señorita de la Valliere.

«Osará ella tocar á ese cuerpo tan tierno, tan querido, tan cuidado? ¿No tendrá piedad de esa complexion tan delicada? Al contrario; á él es principalmente á quien se adhiere el alma como á su mas peligroso seductor: ella se marca los límites; estrechada por todas partes, no puede respirar sino del lado del cielo.»

Yo no puedo menos de sentir cierta confusion al volver á hallar mi nombre en las últimas líneas trazadas por la mano del venerable historiador de Julia. ¿Qué voy á hacer yo con mis debilidades al lado de tan elevadas perfecciones? ¿He cumplido yo todo lo que me hizo prometer la carta de mi hermana cuando la recibí hallándome emigrado en Londres? ¿Basta un libro ante la presencia de Dios? ¿Está, por otra parte, mi vida conforme con *El Genio del Cristianismo*? ¿Qué importa que haya trazado yo las imágenes mas ó menos brillantes de la religion, si mis pasiones echan una sombra sobre mi fe! Yo no he llegado hasta el fin; yo no he ceñido el cilicio; esa túnica de mi viático hubiera embebido y secado mis sudores. Pero, viajero fatigado, me he sentado al lado del camino, y fatigado ó no, preciso será que me levante y que llegue al término donde ha llegado mi hermana.

Nada falta á la gloria de Julia: el abate Carrion ha escrito su vida: Lucila ha llorado su muerte,

(1) He puesto la vida de mi hermana Julia como suplemento á estas *Memorias*.

Berlin 30 de marzo de 1821.

JULIA EN EL MUNDO.—COMIDA.—POMMEREUL.—MADAMA DE CHATENAY.

Cuando volví á hallar á Julia en París, se hallaba en medio de las pompas mundanas: mostrábase cubierta de aquellas flores, ataviada con aquellos collares, y velada con aquellos tejidos que San Clemente prohíbe á las primeras cristianas. San Basilio quiere que la media noche sea para el solitario lo que es la mañana para los otros, á fin de aprovechar el silencio de la naturaleza. La media noche era precisamente la hora en que iba Julia á las fiestas, cuya principal seduccion consistia en sus versos, acentuados por ella con una maravillosa euphonia.

Julia era infinitamente mas hermosa que Lucila; tenia unos ojos azules muy cariñosos, y negros cabellos ondeados. Sus manos y brazos, modelos de blancura y de buenas formas, añadidos con sus graciosos movimientos un no sé qué de encantador á su esbelto talle. Mostrábase brillante y animada; reia mucho, pero sin afectacion, y enseñaba cuando se reia unos dientes de perlas. Habia una porcion de retratos de mujeres del tiempo de Luis XIV que se parecian á Julia, entre ellos los de las tres Montemart; pero era mucho mas elegante que madama de Montespan.

Julia me recibió con esa ternura que es peculiar únicamente de una hermana. Yo me sentí bajo una poderosa proteccion al verme estrechado entre sus brazos, sus cintas, su ramillete de rosas y sus encajes: nada hay que pueda reemplazar el agrado, la delicadeza y el afecto de una mujer: olvidarle á uno sus hermanos y sus amigos, y lo desconocen sus compañeros; pero no sucede así con su madre, su hermana ó su mujer. Cuando fue muerto Harold en la batalla d'Hastings, nadie podia encontrarlo entre los montones de cadáveres: preciso fue para conseguirlo recurrir á una joven á quien amaba. Vino esta, y el infortunado príncipe fue hallado por Edith en el cuello del cisne: *Editha swanes-hales, quod sonat collum cygni*.

Mi hermano volvió á acompañarme hasta la fonda; dió orden para que me sirvieran la comida, y se marchó al instante; comí solo, y me acosté triste. Pasé mi primera noche en París echando de menos mis matorrales, y temblando ante la oscuridad de mi porvenir.

A la mañana siguiente vino á las ocho mi robusto primo, el cual habia ya hecho su quinta ó sexta expedicion: «Arriba, caballero; vamos á almorzar; iremos á comer despues con Pommereul, y á la noche os llevo á casa de madama de Chatenay.» Parecióme que esto era una fatalidad, y me resigné. Despues de almorzar se empeñó en enseñarme á París, y me llevó por las calles mas sucias de las cercanías del Palais-Royal, contándome los peligros á que se hallaba expuesto un joven. Asistimos puntualmente á la cita de la comida en casa del hosterero, y todo cuanto nos sirvieron me pareció malo. La conversacion y los convidados me mostraron otro mundo. No se habló de otra cosa que de la corte, de los proyectos de hacienda, de las sesiones de la academia, de las mujeres y de las intrigas del día, de la comedia nueva, de los triunfos de los autores, de los actores y de las actrices.

Muchos de los convidados eran bretones; entre otros el caballero de Gaer y Pommereul. Este era un excelente hablador, que escribió algunas campañas de Bonaparte, y á quien estaba yo destinado á volver á hallar á la cabeza de los librerros.

Pommereul gozó en tiempo del imperio de cierto renombre por su odio á la nobleza. Cuando un hi-

dalgo se hacia gentil-hombre de cámara, exclamaba: «¡Otro nuevo servicio sobre la cabeza de estos nobles!» Y á pesar de todo, Pommereul tenia pretensiones, y con justa razon, de ser hidalgo. Firmaba *Pommereul*, haciéndose descendiente de la familia de los Pommereul de las cartas de madama de Sevigné.

Mi hermano quiso llevarme al teatro despues de comer; pero mi primo me reclamó para Mad. de Chatenay, y me fui con él á mi destino.

Hallé en ella una mujer hermosa, que habia pasado su primera juventud, pero que podia inspirar sin embargo todavía alguna aficion. Recibíome perfectamente, y trató de hacerme perder mi encogimiento natural preguntándome sobre mi provincia y mi regimiento. A pesar de todo estuve cortado y confuso, y hacia señas á mi primo para que abreviase la visita; pero este proseguia haciendo ponderaciones, sin mirarme, acerca de mis méritos; afirmaba que yo habia hecho versos en el vientre de mi madre, y me invitaba á que dirigiese algunos á Mad. de Chatenay. Afortunadamente me sacó esta de tan penosa situacion pidiéndome mil perdones porque tenia que salir, y me invitó á que volviese á verla á la mañana siguiente, con un sonido de voz tan dulce, que prometí involuntariamente obedecerla.

En cumplimiento de mi promesa, fui solo á verla al otro día, y la hallé acostada en una habitacion elegantemente amueblada. Me dijo que se hallaba un poco indispueta, y que tenia la mala costumbre de levantarse tarde. Aquella era la primera vez de mi vida que me hallaba al borde de la cama de una mujer que no era ni mi hermana ni mi madre. Habia notado la vispera mi timidez; y la vencí hasta tal punto, que me atreví á explicarme con una especie de abandono. Ya he olvidado lo que le dije; pero aun se me figura que estoy viendo su aire de sorpresa. Tendíome un brazo medio desnudo y la mano mas hermosa del mundo, y me dijo con semblante risueño: «Ya os domesticaremos.» Yo no besé aquella hermosa mano, y me retiré lleno de turbacion. A la mañana siguiente partí para Cambray. ¿Quién era aquella señora de Chatenay? Lo ignoro; únicamente sé que se cruzó en mi vida como una sombra encantadora.

Berlin, marzo de 1821.

CAMBRAY.—EL REGIMIENTO DE NAVARRA.—LA MARTINIÈRE.

El correo de la mala me condujo á mi guarnicion. Uno de mis cuñados, el vizconde de Chateaubourg (el cual casó con mi hermana Benigna despues que esta enviudó del conde de Quebricac), me habia dado cartas de recomendacion para los oficiales de mi regimiento. El caballero de Guenau, hombre de muy agradable trato, hizo que me admitieran á la mesa en que comian los oficiales distinguidos por sus talentos, monsieur Achard, los Mahis y La Martiniere. El marqués de Montemart era el coronel del regimiento, y mayor el conde de Andrezel, al cual fui recomendado muy particularmente. Mas tarde he vuelto á hallar á los dos. Uno de ellos llegó á ser colega mio en la cámara de los Pares, y el otro se acercó á mí en solicitud de algunos servicios que tuve la dicha de prestarle. Esperimentase un triste placer al encontrar las personas que ha conocido uno en diversas épocas de la vida, y al considerar el cambio verificado en su existencia y en la nuestra. Estas personas, como los piquetes que deja uno detrás, nos trazan el camino que hemos seguido en el desierto de lo pasado.

Llegué al regimiento en traje de paisano, y veinte y cuatro horas despues vestia el traje militar, como si no hubiera gastado otro en mi vida. Mi uniforme era

azul y blanco, como el hábito que llevé en otro tiempo: durante las épocas de mi niñez y de mi infancia he usado los mismos colores. Los subtenientes del regimiento no me hicieron sufrir ninguna de las pruebas á las que habia costumbre de someter á los novatos: ignoro por qué no se atrevieron á usar conmigo de estas bromas militares. Apenas habia dos semanas que me hallaba en el cuerpo, ya me trataban todos como á un oficial antiguo. Aprendí con facilidad el manejo de las armas y la teoría, y pasé los grados de cabo y sargento con satisfaccion de mis instructores. Mi cuarto llegó á ser el punto de reunion de los viejos capitanes y de los jóvenes subtenientes; los primeros me referian sus campañas, y los otros me confiaban sus amores.

La Martiniere me venia á buscar para que fuéramos á pasear á la calle de una linda cambresiana, de la cual estaba muy enamorado; esta operacion soliamos repetir la cinco ó seis veces al día. El pobre La Martiniere, que era muy feo y tenia la cara picada de viruelas, me referia su pasion bebiéndose grandes vasos de agua de grosella, que pagaba yo algunas veces.

Todo hubiera marchado para mí maravillosamente sin mi loca aficion á la moda; afectábase entonces el rigorismo del traje prusiano; sombrero angosto, bucles pequeños aplastados unos sobre otros, coleta recta y apretada, y casaca abotonada hasta el cuello. Este traje me desagradaba extraordinariamente; sometíame á él por la mañana porque no tenia otro remedio; pero por la noche, cuando no tenia ser visto por los gefes, me encasquetaba un sombrero mas ancho; llamaba á un barbero para que bajase los bucles de mis cabellos y me desatase la coleta; me desabotonaba y volvia del revés las solapas de mi casaca, y en este delicioso *negligé* iba á pasearme con La Martiniere bajo los balcones de su cruel flamenca. Un día me encontré de manos á boca con Mr. de Andrezel. «¿Qué es eso, caballero? me dijo el terrible mayor: id arrestado á la prevencion por tres días.» Confieso que este castigo me humilló algun tanto; pero no pude menos de reconocer al mismo tiempo la verdad del proverbio: *No hay mal que por bien no venga*, puesto que me libertó de los amores de mi camarada.

Cerca de la tumba de Fenelon volví á leer el *Télémaque*; pero no estaba en la mejor disposicion para entretenerme con la historieta filantrópica de *La Vaca y el prelado*.

El principio de mi carrera es uno de mis agradables recuerdos. Al pasar por Cambray con el rey, despues de los Cien días, busqué la casa en que habia habitado y el café que solia frecuentar, y no pude hallar ni una ni otro; todo habia desaparecido, hombres y monumentos.

MUERTE DE MI PADRE.

El mismo año en que empecé á hacer en Cambray mis primeros servicios, llegó la noticia de la muerte de Federico II. Actualmente soy embajador cerca del sobrino de aquel gran rey, y escribo en Berlin esta parte de mis memorias. A esta noticia, importante para el público, sucedió otra en extremo dolorosa para mí: Lucila me anunció que mi padre habia fallecido de un ataque apoplejico á los dos días de la fiesta de la Angevina, la cual constituia uno de los goces de mi infancia.

Entre los documentos auténticos que me sirven de guia, hallo las fees de difuntos de mis padres. Estas actas comprueban tambien de una manera particular la muerte del siglo, y las consigno aquí como una página histórica.

Extractó del libro de defunciones de la parroquia de Comboung del año de 1786, en el cual se halla escrito lo que sigue, al folio 8 vuelto: